

Sociedad e Infancias

ISSNe: 2531-0720

<https://dx.doi.org/10.5209/soci.85697> EDICIONES
COMPLUTENSE

Sosenski, S. *Robachicos: historia del secuestro infantil en México (1900-1960)*. Ciudad de México: Grano de Sal, Instituto de Investigaciones Históricas, 2021. 271 p.

Viví mi niñez en Brasil, en los años 1990, en una ciudad muy chica. Ahí –no diferente de todo el país– los niños y las niñas crecieron con miedo del hombre del saco. En otros países de Latinoamérica el personaje también circulaba por las calles y por las pesadillas del público infantil, pero con otros títulos: el viejo del saco, el hombre del costal, el hombre de la bolsa, el viejo de la bolsa. En la verdad aquí poco importa el nombre, el destaque está en el hecho de que los adultos solían utilizar a este elemento como una especie de control con la población infantil. Cualquier indicio de mal comportamiento resultaba en amenazas relacionadas con el peligroso y temido personaje. Así que alrededor de la figura del hombre del saco se construyó un miedo colectivo que fue sostenido por la tradición oral. Aquí es posible presentar una asociación entre el miedo y la niñez, la utilización de una emoción como una manera de limitar las acciones de los niños/as y esta fue una de las facetas analizadas por la historiadora mexicana Susana Sosenski en la obra *Robachicos – Historia del secuestro infantil en México (1900-1960)*.

El libro, publicado en 2021, no tiene como enfoque solamente la historia de la infancia o la historia del miedo, sino el cruce de los dos, sumado a un tercer elemento: los medios de comunicación. La autora centraliza sus lentes en los niños y las niñas víctimas de secuestros, sin transformarlos en números, tablas o gráficos. Sosenski ultrapasa ese obstáculo con una propuesta de intersección entre las categorías edad, género y clase social. La autora también se propone pensar el secuestro a partir de diferentes ángulos, no hay dudas que el eje central del libro son los niños y las niñas secuestrados/as, pero los criminales y sus caracteres camaleónicos también ganan espacio en la obra. Además de eso, la historiadora lanza su mirada cuidadosa para comprender cómo y en qué medida los medios de comunicación masiva y de entretenimiento fueron utilizados como maquinarias para producir, reproducir y reforzar un miedo colectivo en torno de la niñez, moldeando la percepción pública del secuestro.

Sosenski concentra su mirada en la Ciudad de México, en las seis primeras décadas del siglo XX. Los cambios que la ciudad vivía son los paños de fondo del libro, la historiadora presenta el momento donde los niños y las niñas dejan la libertad de caminar por las calles, de jugar en cualquier espacio y hasta mismo el hecho de estar solitos en frente de casa, pues ya no era más seguro. El espacio para los niños y las niñas estaba cada vez más limitado y gran parte de esto se debía a los medios de comunicación y la propagación de un miedo colectivo. La autora resaltó que el proceso de encierro de la infancia fue gradual, al cual también contribuyeron los ideales hegemónicos y los discursos estatales. Así que los cuerpos infantiles –que jugaban por las calles o delante de sus casas– pasaron a estar puertas adentro, porque los peligros aumentaban con la urbanización y el crecimiento poblacional de la ciudad. Según Sosenski se había implantado la idea de que los niños y las niñas que usaban las calles estaban fuera del contexto, fuera de lugar. Y eso, asociado a los pequeños descuidos, facilitaba los secuestros.

El libro fue organizado –diacrónicamente– en cinco capítulos. El primero, que tiene como rasgo temporal las dos décadas iniciales del siglo XX, está dedicado a pensar sobre los secuestros de niños y niñas cuando los números aún eran bajos. Generalmente los desaparecimientos infantiles estaban asociados con el tráfico para el trabajo forzado, sea la mendicidad en el área urbana o, entonces, el trabajo esclavo en las grandes haciendas, práctica legitimada por el gobierno de Porfirio Díaz. Sosenski destaca, en este contexto, dos elementos importantes. Uno, se fue construyendo, por medio de la prensa, la primera imagen del robachicos, estereotipo resultado de una intersección entre la piel negra y la pobreza. El segundo fue la reconfiguración entre las infancias, los espacios urbanos y las relaciones familiares. El miedo fue un factor determinante en esta reconfiguración, y algunos de los casos apuntados por la autora muestran que los niños y las niñas que crecieron entre 1910 y 1920 sufrieron las transiciones entre la posibilidad de libertades para la infancia, el control de sus cuerpos y la autonomía infantil.

El segundo capítulo se dedica a revelar, por medio de expedientes judiciales, las principales causas del secuestro infantil entre 1920 y 1960. Sosenski resalta los usos y abusos de niños y niñas, la manera que los cuerpos infantiles se convirtieron en objetos lucrativos, utilizados para operaciones de compra y venta para la satisfacción –sexual, económica o emocional– de los adultos. El secuestro estaba motivado para lograr un fin determinado que, como nos presenta la autora, fueron diversos: abuso sexual, mendicidad, extorsiones, explotación laboral y sexual. Hay también los casos relacionados con el territorio emocional, como, por ejemplo: los secuestros de niños y niñas por conflictos conyugales –una especie de venganza de la ex pareja– y los raptos por los deseos maternos, mujeres sin hijos que secuestraban a bebés para hacerlos pasar como suyos.

Es importante resaltar que la idea del robachicos oscilaba entre la práctica criminal –que es el secuestro– y la práctica cultural –el miedo pasado por generaciones y propagado por diferentes producciones culturales. Con los casos del niño Bohigas y de la niña Granat –temáticas del tercer y cuarto capítulos– fue posible percibir la contribución de la prensa que, con una narrativa sensacionalista, una especie de la espectacularización de la tragedia, generó distintas reacciones sociales en la población. Las reacciones iban desde el deseo de la participación en el caso o el control de los cuerpos infantiles, hasta la cobranza por acciones legales para poner fin al delito. Así, los rumores

sobre los robachicos dejaban las páginas de los periódicos y recorrían las calles de la ciudad, reforzando la idea de que el espacio urbano ya no era seguro. El caso de Fernando Bohigas y Norma Granat –que acontecieron en 1945 y 1950 respectivamente– obviamente no fueron los primeros casos publicados, todavía ganaron amplio espacio en los periódicos y eso se relaciona de manera directa a la clase social de sus familias.

Otro elemento importante en esa parte del libro fue la manera que se construyó alrededor del robachicos una serie de estereotipos relacionados con la xenofobia y el racismo. Por medio de los periódicos se cristalizaba la idea de que el otro –negros, chinos, estadounidenses, gitanos– eran sujetos sospechosos y riesgosos. Además de eso, el caso de Bohigas presenta otra cuestión importante asociada a la convención social: el papel social de la mujer y la maternidad. El niño Fernando Bohigas fue secuestrado por una mujer, con 29 años, que después de intentar y no poder cumplir su deseo de ser mamá, optó por el robo. Casi siete meses después, cuando fue localizado el niño, la prensa dio a conocer cuál era la razón del rapto y los debates se polarizaron. De un lado estaban las personas que miraban a la secuestradora como una víctima de su propio destino, por el hecho de no poder ser madre; y del otro, quienes pedían para ella todo el peso de la ley, al fin era una criminal que causó dolor a una “verdadera” madre. El peso del papel social de ser madre en ese contexto temporal fue considerado, por una parcela de la población, un elemento importante para justificar el rapto del niño.

Las historias de secuestros que formaban las notas rojas ganaron espacio en las historietas, fotonovelas y películas en los mediados del siglo XX, asunto abordado en el quinto y último capítulo de la obra. La didáctica del miedo era utilizada para crear una especie de pánico social, un clima de alarma constante de que los niños y las niñas podrían ser secuestrados a cualquier momento, así como el robachicos era una presencia omnipresente, estaba diseminado en el espacio público. Esas producciones de entretenimiento presentaban una asociación entre la desobediencia infantil y el secuestro, la culpabilidad de las mujeres –madres, abuelas, niñeras– relacionada con los raptos de los niños/niñas. Los padres generalmente eran representados como ayudantes en los casos de investigación. Además de eso, las producciones de entretenimiento en masa acabaron por legitimar y cristalizar un imaginario colectivo apoyado en el miedo, hecho que colaboró para un encarcelamiento de niños y niñas en sus propias casas. Se fue construyendo y resignificando una geografía simbólica del miedo.

La obra nos presenta de manera concreta cómo las jerarquías sociales tuvieron una importancia central en la comprensión del proceso histórico. Sosenski, al relacionar el robo de niños/as con el perfil de los raptos/as y las publicaciones en los medios masivos, nos muestra no solamente el acto criminal o los personajes envueltos, pero también un amplio conjunto de sentimientos, imaginarios y estereotipos que se construyen en la mentalidad de la época. Mentalidad que sumada a las prácticas culturales –que han refinado el miedo y creado una memoria generacional– resultan en un sustrato sobre el cual diseñamos modos de ser y estar en la infancia.

Sin duda alguna este libro es una inmensa contribución para la Historia de las Infancias de México, pero, así como apuntado en el primer párrafo, puede ser utilizado para vislumbrar y problematizar experiencias infantiles en los demás países latinoamericanos. Otra importante contribución de Sosenski fue dedicarse al floreciente campo de la historia de las emociones como categoría analítica, presentando una narrativa histórica sobre el control, la regularización y la normalización de los cuerpos infantiles. Además de eso, Susana Sosenski es una referencia para la Historia de las Infancias y Juventudes en Latinoamérica. La historiadora posee una vasta producción científica con énfasis para las infancias mexicanas a lo largo del siglo XX. En sus investigaciones utilizó una variedad de fuentes y documentos que resultaron en narrativas históricas donde el universo infantil es el eje central, pero siempre articulado con otros enfoques como el trabajo, el consumo, los medios de comunicación, las emociones, el protagonismo. Es importante mencionar que Sosenski domina el arte de la pluma y siempre nos ofrece una lectura agradable, característica de su narrativa sensible y minuciosa, mismo cuando el tema es demasiado duro y necesita pausas para un respiro o algunas lágrimas. Por todo lo anterior, este libro es una referencia indispensable para el universo académico –en especial para quienes se dedican a los estudios sobre las infancias– y una lectura muy interesante para cualquier persona.

Elisangela da Silva Machieski
Investigadora asociada LABGEF – UDESC
E-mail: lismachieski@gmail.com